

## **CAPÍTULO DÉCIMO:**

### **SIN MÁSCARAS**

Una mujer paseaba sonriente enfundada en su mono naranja. Era una mujer atractiva de una edad indeterminada entre veinte y cuarenta años, y llevaba el cabello castaño en un inteligente peinado corto y liso. Parecía marcar el paso con grandes zancadas mientras sostenía una caja metálica bajo el brazo izquierdo; el brazo derecho, por el contrario, se movía adelante y atrás en cada paso.

El pasillo por el que la mujer caminaba estaba impecablemente limpio, al igual que las paredes, cubiertas de azulejos brillantes que reflejaban las luces. La mujer se fijó, de pronto, en una mancha de un líquido oscuro que había en el suelo. Un poco más adelante había otra mancha. La mujer se dirigió hacia allí, y comprendió que había un pequeño rastro de manchas así hasta una puerta cerrada.

La mujer acercó su rostro hasta el lector de joyas que había a la altura aproximada de su rostro, justo al lado de la puerta, y se quedó quieta. Sin tocar la pantalla, ésta emitió un rayo láser que reconoció la joya, y abrió la puerta.

La habitación era pequeña, y allí había algunos suministros y repuestos para maquinaria y androides. La iluminación era mínima, pero aún así, la mujer pudo ver a un hombre de rostro serio vestido con un mono de un curioso color: Negro. Un análisis más detallado permitió a la mujer ver que el mono no era del mismo diseño que el que llevaba la mujer. Ella miró al hombre de cabellos negros despeinados y extraño atavío, y se fijó en una circunstancia que le parecía casi imposible. El hombre... no estaba sonriendo. Incluso, lo que era peor, fruncía el ceño.

Ella le sonrió y le dirigió la palabra parpadeando un par de veces.

-Saludos, persona -dijo ella-. Me llamo Tisa. He visto las manchas en el suelo. ¿Tal vez estás herido?

-No es mi sangre -dijo él.

-Si es la sangre de otra persona -dijo Tisa-, debo informar...

-Ya he informado yo -dijo el hombre.

-¿Realmente te encuentras bien, persona? -preguntó Tisa.

La puerta se cerró a la espalda de Tisa. Ella se giró, moviendo levemente su cabello, y comprobó que efectivamente era así, pero no perdió la sonrisa en ningún momento.

Intentó acercar su joya al lector interior de la puerta, pero nada sucedió. Ni siquiera apareció el rayo láser.

-No creo que eso funcione -dijo el hombre.

Tisa se giró hacia el hombre, siempre sonriendo.

-Tal vez tengamos que quedarnos aquí durante un rato -dijo Tisa.

El hombre seguía frunciendo el ceño, pero de pronto miró fijamente a Tisa. Tisa le sonrió mientras el hombre seguía mirándola.

Algo sucedía en el interior de la mente de Tisa. Ella recordaba de pronto cosas que no tenía sentido que le viniesen a la cabeza en ese momento. Le costó un rato comprender lo que estaba sucediendo, porque su cerebro hacía lo que le daba la gana. De hecho, no llegó a captar la totalidad de lo que le estaban haciendo, de cómo la estaban invadiendo y, al mismo tiempo, de qué le estaban revelando. Sin embargo, por primera vez, perdió su sonrisa.

La joya de su frente brilló de pronto ante los ojos del hombre, que ella sabía de pronto que era Hoox. Mientras tanto, su hasta entonces perpetua sonrisa se invirtió totalmente en una mueca de verdadero y desgarrador dolor. Sus ojos de párpados perfectos y cuidadísimas pestañas empezaron a llorar.

Un extraño alienígena entró en la sala de espera. Poseía muchos tentáculos que cumplían las funciones tanto de los brazos como de las piernas, y algunos de éstos parecían alternar su labor entre sustituir a unos o a otras. El cuerpo del alienígena era reducido, pero poseía una gran cabeza con inmensos ojos compuestos. La parte más grande de este alienígena era su cerebro. Él no tenía joya.

Sanui no conocía la especie de este ser, pero hizo una hipótesis: El tamaño de su cerebro y de sus ojos, en comparación con el de su cuerpo, no le hacía apto para trabajos manuales o de demasiado esfuerzo físico. Más probablemente, su raza destacaría en cuestiones intelectuales, y quizá sensoriales: Un trabajo de consultoría, o algo así, se le daría mejor. Tal vez.

-Saludos, Sanui -dijo el alienígena-. Me llamo X'thrmte y soy el supremor de zona. Algo así como un alcalde.

-Saludos, supremor -dijo Sanui, que se veía incapaz de repetir el nombre de pila de X'thrmte. Tampoco veía la boca cuando éste hablaba.

-He sido informado por Fliz de lo que ha sucedido y de quién eres -dijo X'thrmte-. Sabes lo que necesitamos para darle a la galaxia lo que queremos. Al parecer, no te opones a que estudiemos tu hipermotor.

-No me parece mal -dijo Sanui-. Pero quisiera estar presente mientras lo hacen, para que sus técnicos no rompan nada importante.

-Ah, sí -dijo X'thrmte, y después dijo algo más que Sanui

creyó que se asemejaba a una risa. Se giró un poco en el proceso.

-También tengo varias preguntas que hacerle -dijo Sanui.

X'thrmte se movió un poco y miró a Sanui con esos enormes ojos que parecían estar estudiando a Sanui de arriba a abajo.

-¿Preguntas? -dijo X'thrmte.

-¿Algún problema? -dijo Sanui.

-No -dijo X'thrmte-. Es sólo extraño. De cualquier manera, no tenemos nada que ocultar.

-Al parecer, reciben transmisiones desde planetas cercanos -dijo Sanui-. ¿Cómo es que no cogen la información sobre hipermotores de una holoteca universitaria de algún planeta?

-Recibimos transmisiones -dijo X'thrmte-. No podemos enviarlas. No sin ser detectados, al menos, y como sabes, no queremos que Hoox nos encuentre.

-Ésa es mi segunda pregunta -dijo Sanui-. El caza de Hoox también fue atrapado por un rayo tractor, a la vez que el mío, y traído al asteroide.

X'thrmte se movió de un modo extraño que Sanui no pudo interpretar, pero su voz expresaba curiosidad.

-¿Oh?

Sanui asintió con la cabeza, los brazos cruzados sobre su pecho.

-¿Y traído al asteroide? -dijo X'thrmte-. ¿A mi zona?

-No sé si a su zona -dijo Sanui-. Fue traído al asteroide, tal vez esté en otro sitio.

-No he sido yo -dijo X'thrmte-. Yo sólo soy el supremor de zona, de esta zona. Sin embargo, todos los supremors nos reunimos para intercambiar este tipo de información, una vez cada ciclo... Aproximadamente un día. Esta noche, consultaré al resto de supremors.

-¿Por qué usted no lleva joya? -preguntó Sanui.

-¿Joya? -dijo X'thrmte.

-En la frente -explicó Sanui-. Como Fliz, Fliza y los demás.

-Oh -dijo X'thrmte-. La función de la joya la cumple mi cerebro directamente. Igual que las máquinas de lectura pueden leer las joyas, leen también mis pautas sinápticas.

-Bien, creo que eso es todo por ahora -dijo Sanui, que tenía muchas más preguntas.

-Entonces, deberás comer -dijo X'thrmte-. Sin duda, el hambre y el cansancio te superan. Pediré que te traigan comida.

-No será necesario, gracias -dijo Sanui-. Debo mantener un plan especial de alimentación.

No era cierto, pero no se fiaba lo bastante de ese supremor. La respuesta de Hoox era demasiado vaga, y eso de controlar máquinas con su cerebro...

-¿Puedo ayudarla en algo más? -preguntó X'thrmte.

-No, gracias -insistió Sanui.

Un grupo de hombres y mujeres musculosos llevaban sobre sus monos lo que parecían ser armaduras del mismo color. Todos ellos llevaban unos cascos que dejaban al descubierto sus mandíbulas y cubrían sus ojos con un cristal opaco. Los rifles bláster que llevaban, de un modelo algo extraño, eran también del color de sus armaduras.

Las armaduras no cubrían todo el cuerpo, sino que apenas protegían la parte superior del torso, la ingle, y la parte frontal de brazos y piernas. Eran armaduras bastante ingenuas, pero estorbaban menos que las de un soldado de asalto imperial.

Los hombres blindados aceleraron su paso hasta la puerta donde Hoox había estado con Tisa. Reconocieron las manchas de la puerta. Estos hombres tampoco sonreían, pero no parecían infelices. Todos los varones llevaban un afeitado perfecto. Los cascos tenían un agujero para las joyas.

Uno de los hombres acercó su joya al lector de la puerta, y ésta se abrió. En su interior yacía Tisa, tirada en el suelo. Tenía varios arañazos en la frente, y su joya estaba ahora en su mano, llena de sangre. Ella parecía muerta, pero uno de los hombres blindados se acercó a comprobarlo.

-¿Ciudadana? -dijo el hombre blindado.

Tisa no le miró. Sus ojos estaban perdidos, sin mirar a nada específico. Babeaba incoherentemente, pero el hombre blindado no se apartó. Entonces, ella dijo una palabra.

-Bastardos...

El hombre blindado se levantó y se alejó de ella.

-¿Señor? -preguntó otro de los hombres blindados.

-Se ha sacado la joya -dijo el que parecía ser el oficial-. Procedan.

Los demás hombres blindados apuntaron al suelo con sus rifles bláster y dispararon contra la indefensa Tisa. Mientras tanto, el líder activó el comunicador del casco.

-No está aquí -dijo-. ¿Lo detectas por ahí, Leso?

No hubo respuesta.

-No está aquí -repitió, pero siguió sin oír nada-. Leso, ¿puedes oírme?

La respuesta llegó en una voz que él no conocía.

-Leso no puede oírte -dijo la voz, burlona-. Pero no te preocupes. Pronto te reunirás con él, y podrás conversar todo lo que quieras.

-Escuche, persona -dijo el hombre blindado-. Nunca podrá salir de Stige con vida. Hay demasiada distancia entre un complejo y otro, y ningún hombre solo ha logrado atravesarla. No hay naves en este complejo. Entréguese. No muera en vano.

-Si muero matando a uno solo de los tuyos -dijo Hoox-, mi muerte no será en vano. Además, ¿quién dice que pretendo irme? Tal vez... Tal vez prefiero apuntar al primer premio.

El hombre blindado no entendió a qué se refería.

-Persona, los blindados sólo somos la primera línea de defensa -dijo-. Si no servimos, enviarán a unidades más y más fuertes, hasta que alguna sirva.

Hoox respondió con una sonora carcajada. No estaba impresionado. Él mismo recurría a menudo a ese tipo de trucos, sólo que lo hacía mejor. El hombre blindado seguía preguntándose cuánto tiempo más tendría que entretenerle...

-Pues va a ser mejor que pasen al siguiente tipo de unidad -dijo Hoox-. Ya he terminado con el pelotón que acaban de mandarme mientras creían que estaba entretenido hablando contigo. ¡Pandilla de aficionados!

El hombre blindado desconectó su comunicador y se dirigió a uno de sus subordinados.

-Está claro que esto nos supera -dijo-. Tendremos que enviarle... un kreogan.

X'thrmte miró a Sanui un instante con esos inmensos ojos y se acercó; Sanui medía casi una cabeza más.

-Por tu propia seguridad -dijo X'thrmte-, quisiera ponerte una joya en la frente. De este modo, podrás moverte por la ciudad. Abrir puertas, y cosas así. Por favor, no te muevas.

-¿Debo descubrir mi cabeza? -preguntó Sanui.

-No hará falta -dijo X'thrmte.

Uno de los tentáculos de X'thrmte llevaba una pequeña joya, y la fue acercando poco a poco a la cabeza de Sanui. Sanui pensó en agacharse para facilitarle las cosas, pero el tentáculo de X'thrmte parecía crecer y hacerse cada vez más largo. Eso le permitió poner la joya a menos de un centímetro de la piel de Sanui, justo sobre el entrecejo.

-Quizá sientas algo -dijo X'thrmte-, algo indefinido. Pero el proceso no es peligroso.

Sanui efectivamente empezó a sentir algo. Sus pensamientos empezaban a dejar de ser suyos. La lealtad pasaba de Ashla a X'thrmte, de la Fuerza a Stige, una extraña palabra que nunca había oído se empezaba a repetir una y otra vez en su mente... Sanui comprendió que era algún tipo de control mental, y sólo se preguntaba si su fuerza de voluntad le permitiría resistirlo.

Hoox se encontró de pronto con un alienígena de la misma especie que X'thrmte, pero con otra pigmentación. El alienígena levantó un tentáculo hacia Hoox, dándole el alto.

-No te conozco -dijo Hoox-. ¿Qué eres?

-Tu amo -dijo el alienígena. Al igual que Sanui había hecho antes, Hoox se fijó en que no tenía boca en ningún lugar visible.

-No reconozco amo alguno -dijo Hoox, con el sable de luz apagado, pero en la mano.

El alienígena le lanzó un tentáculo, extendiéndolo como la lengua de una rana, pero Hoox movió rápidamente su sable para cortarlo en cuanto estuvo a tiro. Al alienígena no le importaba. Él no tardaría en regenerar un nuevo tentáculo, el dolor le era desconocido, y lo más importante: Hoox había bajado la guardia en el terreno más letal.

El alienígena empezó a intentar controlar la mente de Hoox. Sus conocimientos, sus recuerdos... En cuanto comprendió lo que sucedía, Hoox opuso resistencia, pero el alienígena la consideraba demasiado floja, y demasiado tarde, tan insignificante como un solo hombre intentando detener una gran máquina de guerra.

Algo se movió entre todos los tentáculos del alienígena, de un lado a otro, como una extraña lengua llenando de saliva inexistentes labios.

-Ahhhh... -dijo el alienígena-. Te resistes. Eso hace el juego mucho más interesante. Lástima que no tengas ninguna oportunidad.

-No subestimes... -dijo Hoox, entrecortadamente-. No subestimes... nunca... lo que puede hacer... un... un solo... hombre.

El alienígena rió.

-Estás perdido, persona humana -le dijo-. No puedes resistir mi voluntad. Arrodíllate.

Hoox no se movió y, empapado en sudor, miró al alienígena con desafío.

-¡Arrodíllate!

Hoox empezó a flexionar una de sus rodillas. Seguía luchando, pero no sabía cuánto iba a aguantar.

El alienígena se le acercó.

-Tu voluntad es fuerte -dijo-. La más fuerte que he tenido el placer de quebrar. Pero ya se está doblegando. Pronto, no quedará ni un recuerdo de lo que fuiste.

Hoox susurró algo que podría haber sido "sí, amo", o podría no haberlo sido. El alienígena le miró y se le acercó un poco más.

-¿Qué? -preguntó el alienígena.

Entonces, Hoox encendió el sable de luz y le golpeó. El alienígena se desplomó, y Hoox sonrió.

-¿Y eso es lo mejor que puedes hacer? -dijo Hoox en voz alta. En realidad, sólo decía esto por si habían puesto micrófonos, porque apenas había podido ganarle siendo más astuto que él.

Pero en realidad, Hoox había sacado bastante más cosas en limpio de este combate de las que creía. Durante la lucha, Hoox había aprovechado para extraer información del cerebro del alienígena. Al parecer, el hombre blindado había exagerado al decir que no era posible ir de un complejo a otro. No sólo era posible, sino que además apenas se tardaría un par de minutos en llegar al complejo 9, utilizando uno de los trenes subterráneos que se movían por las entrañas del asteroide. Hoox sabía ahora cómo

encontrarlos, e incluso cómo operarlos.

¿Por qué el complejo 9? Porque era donde estaba Sanui.

Por supuesto, si Sanui no había logrado resistir a los stigianos, llegar hasta allí sería inútil. Pero, en esas condiciones, Hoox *necesitaba* a Sanui.

-No puedes haber muerto, Sanui -dijo Hoox-. Aún tengo que acabar contigo.

Efectivamente, en el complejo 9, Sanui no había muerto, pero estaba a punto de desfallecer. El ataque psíquico de X'thrmte era cada vez más fuerte, y la voluntad de Sanui estaba empezando a flaquear. No podía aguantar mucho más.

Entonces, Sanui se dio cuenta de que X'thrmte tampoco avanzaba. Era como si no pudiese atravesar una barrera, justo antes de llegar a la mente de Sanui. La barrera eran las técnicas de protección mental que, después del asunto de Ksar, Sanui había exigido a Ashla que le enseñase. X'thrmte no podía con ellas pero, con un esfuerzo de concentración, conseguía mantener a Sanui inmóvil.

-Tu voluntad es fuerte -dijo X'thrmte-, al igual que tu poder. Por eso eres un peligro. Tal vez sea mejor eliminarte antes de que las cosas se pongan difíciles.

X'thrmte emitió una llamada telepática a unos guardias blindados para que entrasen en la sala de espera. En ese momento, esa mínima distracción era todo lo que necesitaba Sanui para liberarse de su parálisis inducida. Golpeó a X'thrmte con su pierna en el inmenso cerebro, y el alienígena cayó al suelo, herido.

Los hombres blindados entraron rápidamente, pero ellos esperaban ver a su supremo y a una víctima indefensa, y no a un borrón que se movía rápidamente entre ellos y les empujaba para salir por la puerta por donde ellos habían entrado. Algunos hombres blindados recibieron golpes, y otros fueron heridos levemente con un sable de luz.

-¡Que no escape! -rugió X'thrmte.

Los hombres blindados intentaron coger a Sanui, pero se movía con demasiada agilidad y demasiado rápido, golpeando certeramente a sus enemigos. En menos de un minuto, los hombres blindados estaban tirados por el suelo, claramente vapuleados. Algunos no se podían mover, y a otros les dolía demasiado.

-Es inútil -dijo el hombre blindado de mayor rango-. Ha escapado.

-¿Qué lleva en la mano, señor? -preguntó otro de los hombres blindados.

-¿Esto? -dijo el primero mirándose la mano-. No lo sé, un pedazo de su ropa. Debí arrancársela mientras forcejeábamos. Lo veremos con más claridad en las grabaciones.

El hombre blindado llevaba en su mano la máscara de Sanui.

**Fin del décimo capítulo**

### **CRÉDITOS**

Star Wars: In nomine stellaris.

Una publicación independiente de Vanesa Pizarro y Jorge J. Rodríguez  
para [www.loresdelsith.net](http://www.loresdelsith.net) y [www.sithnet.com](http://www.sithnet.com)

Para contactar con los autores escribe a: [in\\_nomine\\_stellaris@hotmail.com](mailto:in_nomine_stellaris@hotmail.com)

© 1999 de los autores.

Star Wars - La Guerra de las Galaxias es © 1977 de George Lucas.

Impreso en España - printed in Spain.